

CONTROVERSIA SOBRE EL ORIGEN DE LOS GRIEGOS

Lucía MORAGÓN MARTÍNEZ
Ana VICENTI PARTEARROYO
Departamento de Prehistoria
UCM

1. Introducción.

Quizá por ser uno de los países con más historia a sus espaldas, o con importantes pensadores desde hace milenios, Grecia ha sido desde muy antiguo objeto de elucubraciones acerca de sus orígenes. No haremos en la introducción un seguimiento de la evolución histórica de las hipótesis planteadas al respecto, simplemente queremos decir que desde época clásica a la actualidad han sido innumerables y tremendamente dispares.

A pesar de las *dificultades* que un problema tan antiguo como este puede conllevar, o quizá por ello, decidimos abordar e intentar arrojar un poco de luz al tema, o, más humildemente, al menos ayudar a comprenderlo un poco mejor. Para esto, hemos planteado en primer lugar el marco en el que se han situado muchos de los planteamientos de la llegada de los griegos, que es el origen, a su vez, de los indoeuropeos en general y las diferentes hipótesis de su expansión.

En un segundo apartado hemos querido hacer una síntesis lo más amplia posible – y también lo menos pesada – del mar de teorías y autores sobre este tema, intentando ser un poco críticas con estas, aunque considerando que la función principal de este apartado es que el lector consiga abarcar en pocas hojas una enorme cantidad de información, o al menos, las líneas básicas de las diferentes propuestas.

Tras esta primera parte introductoria, nos hemos centrado en las dos fechas que la historiografía ha señalado como más importantes o probable para un cambio. La primera es la del 2.300 a.C., en la que supuestamente hubo una destrucción de ciudades y cambios materiales de importancia. La segunda, la aparición de la cultura micénica en el 1.600 a.C. (sin seguir los patrones de datación radiocarbónica ni dendrocronología), cuyo punto fuerte son los *círculos*, enterramientos colectivos de unas elites que podrían ser foráneas.

2. El concepto general de *indoeuropeo*: su origen, su cronología y su posible trayectoria.

El término nace de manos de los lingüistas y concretamente fue Thomas Young quien en 1813 lo utiliza para designar a un conjunto de lenguas que se creían emparentadas entre sí y que provenían de una misma lengua no atestiguada y desaparecida que recibió el mismo nombre. Con el tiempo, el término también pasó erróneamente a designar al pueblo o conjunto de pueblos portadores de esa lengua y supuesta cultura. Se trata, por tanto, de un término muy amplio que desde un principio generó confusión.

Todo tiene su origen en 1786, cuando Sir William Jones, perteneciente al Tribunal Supremo de Calcuta, comienza a comparar la antigua lengua de los textos religiosos y literarios de la India, el sánscrito, con las lenguas celta y gótica descubriendo importantes semejanzas. Nace así la Paleolingüística o la Arqueología Lingüística y comienzan a documentarse los términos comunes para determinar los distintos árboles dialectales. Se descubrieron semejanzas en lugares muy distantes entre sí abarcando un área inmensa desde Europa occidental hasta la India y China. De ahí se pensó en una sola lengua originaria y por consiguiente en un pueblo originario...y se publican las primeras tesis al respecto.

Los primeros en hacerlo son los lingüistas del siglo XIX. Se comienza por defender un origen asiático entre la India, Armenia, Georgia...donde destacan Pictet, Schlegel o Link, y después se pasa a Europa: Bielorrusia, Ucrania, Alemania, Escandinavia...(Latham, Geiger, Kretschmer...). Nacen modelos de posibles trayectorias a partir del parentesco lingüístico donde destacan Schleicher y su *Teoría del árbol genealógico*, donde defiende la idea de las dos ramas, centum y satem (oeste y este) que sería rechazada a principios del siglo XX, con el descubrimiento del Tocario en China. Estas dos ramas se subdividirían hasta formar las lenguas actuales. Schmidt, en 1872 presenta la *Teoría de las ondas*, entendidas como flujos que parten de un centro y se expanden cada vez con menor intensidad. El epicentro se encontraría en las estepas rusas y de allí se extendería por toda Europa hasta el extremo occidental, al que sólo llegaría una mínima parte del impulso inicial. Por otro lado, Meillet y su *Teoría de la escisión escalonada*, defiende una lengua de origen no unitaria sino compuesta de numerosas variables territoriales que se habrían escindido con el tiempo y que habrían determinado desde el principio, la aparición de las variantes dialectales. (Villar, 1971).

El trabajo de estos lingüistas se basó principalmente en hallar a partir de los datos lingüísticos, comunes en varios de los dialectos considerados *indoeuropeos*, referencias sobre la sociedad, las condiciones de vida y los rasgos del hábitat primigenio de este pueblo. Así, por ejemplo, la forma ***mor** para <mar> o <lago> aludiría a que este pueblo habría vivido cerca del mar en un origen. El <haya>, que en lenguas como el alemán hace referencia a <libro> o <letra>, podría descartar la idea de que fuera una sociedad ágrafa, aunque no nos habría quedado ninguna evidencia de ello. El <pez>, entendido como "bicho de corrientes de agua", es a veces tratado con repugnancia como si de algún tabú se tratara. De este modo se iría estrechando el círculo para determinar el ámbito original sobre el que se situaría el núcleo inicial indoeuropeo; a partir del nombre que recibirían las realidades que formaron su mundo y su entorno. (Martinet, 1997).

Todos estos datos parecen muy convincentes; se llegó a conclusiones que resultaron acertadas durante mucho tiempo, pero con el tiempo comenzaron a vislumbrarse ciertas incongruencias. La más importante de ellas: la idea de que la solución a este problema que se plantea no debía radicar en la escritura, que sólo se conocía a través de los dialectos posteriores, sino en la arqueología. (Renfrew, 1990). Sobre todo acerca de cambios en la cultura material que puedan ser resultado bien de una migración, bien de una sencilla difusión; éste sería entonces el debate. Pero durante mucho tiempo y hasta ahora, ha sido difícil combinar las aportaciones de lingüistas, historiadores y antropólogos para definir un modelo común.

Fue casi un siglo después del comienzo de los estudios indoeuropeos cuando se empezó a presentar los primeros trabajos arqueológicos. Se trataba de encontrar claves materiales que indicasen de una manera fehaciente la trayectoria que supuestamente habría seguido el pueblo indoeuropeo original. En 1902 Gustav Kossinna publica su

Respuesta arqueológica a la cuestión indoeuropea, donde a través del recorrido de la cerámica cordada del Calcolítico (identificada con la expansión del indoeuropeo) y sus elementos asociados, aboga por un origen noroeste y surescandinavo. El movimiento de empuje de estos pueblos habría empujado a los portadores de la cerámica cordada hacia el sur y posteriormente, hacia el este.

Esta tesis sería sustituida por la que publica Gordon Childe en 1926 en su obra *The Aryans*. Basándose en los trabajos lingüísticos de Schrader (1890), defiende como patria primigenia el sur de Rusia, haciendo hincapié por primera vez a través de datos constatables, en la cultura de túmulos o kurganes (en lengua eslava) y en la cerámica cordada, que contrariamente a las tesis de Kossinna, se desplazaría de este a oeste desde las estepas, y no de norte a sur-sureste. Los define como un pueblo de pastores, no conocedores de la agricultura y portadores del caballo y el carro. Childe también aplica evidencias antropológicas como lo hicieron Poesche y Penka en el siglo XIX. Y es que siguiendo las fuentes clásicas se cayó en la tentación de representar a estas gentes con caracteres de rubicundez, es decir, como gentes arias, dolicocefalas. Esto junto a las tesis de origen báltico como la de Kossinna fueron bases importantes en las ideologías racistas del nacionalsocialismo alemán en los años treinta y durante la Segunda Guerra Mundial, entendiendo la raza aria como la originaria y pura (tal era la mitología que se generó a partir del término). Pese a todo, es necesario recordar que los rasgos como la rubicundez en las fuentes antiguas eran atribuidos normalmente a los héroes. (Martinet, 1997).

El arqueólogo P. Bosch-Gimpera vuelve a trasladar el epicentro indoeuropeo en Europa, concretamente en la zona danubiana-centroeuropea, a partir de inicios de lo que él llama el "neo-eneolítico" hacia el 5.000 a. C. (Bosch-Gimpera, 1975). El resultado, las avanzadas culturas danubianas de finales del neolítico, el primer núcleo de lo que sería la "Nueva Europa" (Villar, 1996). Este desarrollo tan temprano en la zona resultaba tan llamativo que la tesis atrajo a numerosos seguidores. Así ocurrió con el lingüista Giacomo Devoto (Devoto 1962, citado en Villar, 1996).

Pero, en lo que la mayoría de los autores que hemos consultado coinciden, es que hasta hoy, el trabajo arqueológico mejor planteado pertenece a Marija Gimbutas, quien en 1970 comenzó a defender concienzudamente un origen en las estepas de sur de Rusia, desde el Ponto hasta el Volga, en relación a la expansión de la cultura de los Kurganes. Estableció tres etapas u *oleadas* sucesivas que explicarían la completa indoeuropeización de Europa, fechadas entre el 4.200 y el 2.800 a.C. La primera de ellas se iniciaría en el norte del Mar Negro hasta penetrar en territorio danubiano. Estaría protagonizada por jinetes que dejaron su huella en la desembocadura del río, en Hungría y en Macedonia. La segunda oleada partiría desde algún punto del norte del Cáucaso hacia el 3.300 a. C. hasta ocupar gran parte de Europa hasta Alemania. Según la autora, en estas dos oleadas, la lengua indoeuropea no se imponería siempre y podrían darse mezclas en las que el sustrato indoeuropeo desapareciese. La tercera oleada es considerada la más importante, ya que es la que de algún modo afecta en mayor medida a nuestro tema de estudio. Partiría iniciado ya el tercer milenio desde los Urales y volvería a ocupar gran parte del continente, kurganizando la Europa campaniforme y el área de la cerámica cordada al norte. Se asocia así a la expansión del Cobre. Según Gimbutas, la expansión indoeuropea no pararía hasta llegar a occidente. Nacerían entonces las formas más arcaicas de griego, itálico, celta o germánico.

De igual modo que ocurrió con Gordon Childe, se pudieron combinar en este caso los resultados arqueológicos con los datos lingüísticos tradicionales: preponderancia de

nombres ganaderos y en menor medida referencias a la agricultura, nombres relativos a la vegetación de las estepas y alusiones a plazas fortificadas que Gimbutas relaciona con los sucesivos límites de avance. Un avance en continuo goteo que se jalona con momentos de movilidad acusada (los únicos constatables arqueológicamente).

Hasta ahora, los trabajos que hemos tratado de exponer, siguen una serie de directrices que se repiten una y otra vez y que en muchos casos, se daban por hecho sin ser cuestionadas. Es el caso, por ejemplo, del intento de correlación histórico-lingüístico-arqueológico de los autores a la hora de establecer una cronología o un origen comunes: en primer lugar, límites cronológicos que permitan el desarrollo completo de fenómenos lingüísticos (4.500-2.300 a. C.), entendidos como los que se producen desde la extensión de la lengua indoeuropea hasta la aparición de las primeras variables en Anatolia. En segundo lugar, un origen que coincida con los resultados de la investigación paleolingüística y por lo tanto con las tesis que defiendan un pueblo pastor, posiblemente jerarquizado y al menos, con cierto grado de seminomadismo.

Por otro lado, se ha pasado de los grandes movimientos expansivos que defendían los estudios decimonónicos a cambios culturales producidos por migraciones de un pueblo nuevo, posiblemente superior, arrastrado por causas desconocidas, tal y como se empezó a defender con Kossinna a inicios del siglo XX.

Nadie se atrevió a defender lo contrario hasta que en 1987, Colin Renfrew publica *Archaeology and language. The puzzle of indo-european origins*, donde elabora una profunda revisión de todo lo publicado hasta el momento. Por un lado, los procedimientos de la paleolingüística y sus intentos de adaptación a evidencias arqueológicas que sólo ofrecen consideraciones poco profundas de los procesos. Por otro lado, intenta modificar la idea del migracionismo como excusa arqueológica para explicar, desde cambios en la complejidad, hasta la aparición de un nuevo estilo cerámico local.

En primer lugar, nos recuerda que no se puede hablar de una cultura indoeuropea cuando el término *indoeuropeo* se refiere a una lengua. Del mismo modo, no se pueden hacer estudios antropológicos fiables en zonas como Europa o Asia, donde la variabilidad fisiológica es insignificante, y más si se trata de estudiar restos óseos. Los términos que la paleolingüística ha utilizado para delimitar áreas posibles de origen, podrían también tratarse del resultado de innovaciones concretas o incluso de evoluciones locales a partir de términos más antiguos. Es decir, detectar términos originales es extremadamente difícil si no tenemos evidencias de la lengua de la que proceden. Además, la lengua debe entenderse como una realidad viva, sujeta a cambios continuos. Según Renfrew (1987), resulta muy ingenuo pensar que repitiéndose más veces nombres de animales que de vegetales, los indoeuropeos tuvieran que ser primitivamente ganaderos. Aún suponiendo que fueran nómadas, desplazarse hacia el oeste (como defienden unos y otros), significaría tener que adaptarse a unos hábitats totalmente distintos careciendo de un proceso adaptativo previo. ¡No les compensaría!

Renfrew (1987) defiende, por tanto, una teoría difusionista, difícil de contrastar con datos lingüísticos, frente a las tesis migracionistas. Se trata del modelo de *ola de avance* que relaciona la difusión de las lenguas indoeuropeas con la colonización neolítica, que arrancarían en el séptimo milenio desde Anatolia hasta los confines de Europa Occidental. Así se explicaría el tan temprano desarrollo de las culturas neolíticas en Anatolia, los Balcanes y el Danubio. Su avance hacia occidente quizá no respondiera

a este mismo modelo de colonización agrícola, sino a la adopción localizada de la agricultura, es decir, fenómenos más complejos, más lentos y más difusos. En este aspecto coincidirá con las tesis de A. y S. Sherratt (1988), que desarrollan un modelo alternativo al de Renfrew en el que los procesos de difusión de la lengua indoeuropea se darían en etapas sucesivas a través de avances tecnológicos, como el desarrollo de la metalurgia o la difusión a través del comercio a larga distancia de la llamada *Revolución de los Productos Secundarios*, que también defienden. Así distinguen una primera etapa, neolítica, en la que se seguiría un modelo de comercio *down the line* en el que cada área limitada de influencia sólo podría entenderse con sus más próximos intermediarios. Esta etapa sólo podría explicar la difusión de la lengua en un área limitada (Centroeuropa). Y una segunda etapa a partir del Cobre y el Bronce, en la que el comercio a larga distancia generaría lenguas francas para el entendimiento de los intermediarios. Sólo así se podría explicar la llegada de estas lenguas a Occidente.

En definitiva, a pesar de ofrecer un nuevo planteamiento muy bien asentado, existen trabajos modernos como el de Thomas V. Gamkrelidze, en los que se vuelve a defender posturas más próximas a Gimbutas, Childe o Bosch-Gimpera que a Renfrew. Este autor defiende un avance escalonado a partir del tercer milenio desde Asia central hasta la zona sur del Mar Negro y el Mar Caspio hasta encauzarse con la cultura de los kurganes y las culturas de la cerámica cordada y el hacha de combate en el segundo milenio. No sería hasta el 1.000 a.C. cuando la cultura comience a homogeneizarse dando lugar a los protoceltas en el Alto Rin, los protoitalicos en los Alpes o los protoalemanes en Centroeuropa... (Gamkrelidze, 1994).

Así podría resumirse la trayectoria de los estudios más relevantes acerca del concepto de *indoeuropeo* e *indoeuropeos* y todo lo que ello conlleva. Debemos reseñar que hasta ahora los estudios son demasiado heterogéneos como para vislumbrar un posible consenso, una solución clara para este problema. Suponemos que se trata, por tanto, de una situación real: demasiadas variantes y muy pocas evidencias seguras capaces de ejercer como bases claras. A pesar de una trayectoria muy larga en los estudios, pocos han sido los avances conseguidos. Quizá el problema esté en simplificar, resolver un problema complejo a partir de soluciones sencillas que nunca encajan, cuando puede que el proceso fuese el resultado de la suma de muy diversos factores y circunstancias.

3. Cronología.

Esta es la cronología que hemos utilizado. Sabemos que no es la más fidedigna, ya que no sigue los modernos patrones de calibración por radiocarbono y dendrocronología, por tanto son fechas demasiado bajas. Aún así son las más sencillas a la hora de poner en común todos los trabajos que hemos leído.

YEAR B.C.	EGYPT		CRETE		MAINLAND		
	DYNASTY	COMMENT	POTTERY PHASE	COMMENT	POTTERY PHASE	COMMENT	
2000							
1950	TWELFTH DYNASTY	Reigns during which M. M. IB - II pottery imported.	M. M. I A	(May well extend before 2000.)	EARLY MINYAN	Types of these phases continue outside the central area.	
1900				Foundation of First Palaces.	DECORATED MINYAN		
1850							
1800			M. M. IB -II		MATURE MINYAN	Yellow Minyan and fine Matt- Painted become common.	
1750	SECOND INTERMEDIATE PERIOD			Foundation of Second Palaces. (This may have to be lowered.)			
1700							
1650					M. M. III (A - B)		
1600		Alternative dates for accession of Ahmose.		Eruption of Santorini ?	LATE PHASE	PERIOD OF SHAFT GRAVES	
1550			L. M. IA				L. H. I
1500	EIGHTEENTH DYNASTY	Hatshepsut and Tuthmosis III			L. H. II A		
1450				L. M. IB			L. H. II B
1400			Amenophis II	L. M. II	Last Palace of Knossos.		- III A I
1350			Amenophis III	- III A I			

Extraído de L. García Iglesias (1997)

4. Las diferentes teorías de la llegada de los griegos.

El posible origen foráneo de los griegos ha sido un tema que ha levantado y mantiene en la actualidad discusiones entre los académicos de variado estilo: lingüistas, historiadores, arqueólogos de las diferentes escuelas... Tras haber leído un gran número de libros, monografías, artículos, etc. sobre este tema, hemos llegado a la conclusión de que no hay ninguna evidencia aplastante a favor de ninguna de las múltiples teorías - lo que mantiene vivas las encarnizadas discusiones -, y que lingüistas y arqueólogos mantienen posturas muy diferenciadas y sin ánimo de aunar conocimientos, sin descontar a los autores -científicos o no - que han aportado teorías de lo más imaginativo y con poca o ninguna base científica. Así que sólo pretendemos hacer un repaso a la trayectoria historiográfica más significativa, para poder conocer, comparar y así intentar obtener nuestras propias opiniones al respecto, aunque partiendo, como hemos dicho más arriba, de cierto escepticismo ante la variedad y *falta de peso* de la mayor parte de los argumentos.

Para encontrar los orígenes de la pregunta de cuándo y de donde llegaron los griegos debemos remontarnos muy atrás, a la propia Grecia clásica. El mito de Heleno, hijo de Deucalión y Pyrrha, padres de la Humanidad, y de sus tres hijos, progenitores de los tres grupos de griegos –aqueos, dorios y jonios – no convencía ni a los propios griegos antiguos. Estos decían que antes de los heládicos existían en aquel territorio poblaciones llamadas de pelasagianos o liuvianos.

Ya en época contemporánea, la cuestión se reabrió con el descubrimiento de la existencia del tronco lingüístico indoeuropeo, despertando la imaginación de muchos, que comenzaron a elaborar teorías de lo más dispares¹. El hecho de que la lengua griega tuviese gran antigüedad, y de que se conociesen textos de principios del primer milenio (y después con el desciframiento del Lineal B, en lengua griega, de su existencia escrita desde mediados del segundo milenio) hizo que uno de los principales focos de interés para los lingüistas fuese Grecia. Una premisa de los lingüistas que estudian el tema es que la lengua griega y la llegada de una población nueva son dos fenómenos que deben entenderse unidos.

Para intentar demostrar una supuesta llegada de poblaciones griegas en la Edad del Bronce, se han encontrado, aparte del propio Lineal B, argumentos como el de la existencia de inscripciones en Creta con alfabeto griego (pero no es lengua griega sino eteo-cretense) o el de la existencia en el griego de palabras no indoeuropeas, al igual que muchos topónimos, lo que indicaría un substrato anterior no indoeuropeo o *pre-griego* (según autores). Este concepto de población *pre-griega* tiene a su vez diferentes interpretaciones, según cual sea el substrato al que pertenezcan los términos no indoeuropeos. Algunos adoptan términos como *egeo* o *mediterráneo* para todo el conjunto, mientras que otros son más restrictivos y sólo aceptan que una parte de los elementos considerados no indoeuropeos lo son en realidad, y asocian esta pequeña parte a los mencionados pelasagianos y liuvianos. Esta segunda postura está menos aceptada que la primera. Así que, si nos basamos en la evidencia escrita del griego, no podríamos dar fechas anteriores al 1800 a.C., y aceptaríamos así que fue la población micénica el elemento griego intrusivo. Pero antes del conocimiento del lineal B, las teorías lingüísticas más antiguas, partiendo de la base de que en el 1000 a.C. el griego y el sánscrito eran muy diferentes, retrasaban su separación muchos años, porque consideraban cada dialecto griego un escalón, por lo que los cálculos no permitían fechas anteriores para la llegada de los griegos al 2000 a.C., remontándose la diferencia entre ambas lenguas al tercer milenio. En la actualidad, se considera que las lenguas orales evolucionan mucho más rápido, por lo que se propondrían fechas más cercanas. Otra idea lingüística que ha caído en desuso desde mediados del siglo XX es la de que los diferentes dialectos del griego (jonio, aqueo y dorio) se corresponden a diferentes oleadas de población. Francisco Villar (1996), aludiendo a Bosch-Gimpera, habla de dos grupos que llegan casi paralelamente entre el 1800 y el 1600 a.C., los aqueos desde el Peloponeso y los jonios desde el Ática. Kretschmer, en los años 60, proponía fechas para la llegada de los tres grupos: los jonios entre el 2000 y el 1900 a.C., los aqueos en el 1600 a.C. y los dorios en el 1200 a.C. Los dorios habrían sido los culpables de la caída del mundo micénico y habrían traído consigo el griego. Con el lineal B, y fechas más antiguas, esta teoría quedó desechada, además de que una fecha tan reciente acercaría demasiado la llegada de poblaciones griegas a la época histórica, sin *dar tiempo* a la creación de los mitos. Actualmente, se acepta mucho más la existencia sólo de dos dialectos, el del Norte y el del Sur, los cuales no habrían surgido mucho antes del Bronce Final, y que provendrían de un *proto-*

¹Ver introducción.

griego original de la propia Grecia. El griego del Norte y del Sur en el siglo XX a.C. eran más diferentes entre sí que el dorio y el jonio en el siglo VII a.C. Es este dialecto del Sur el que aparece en las tablillas del lineal B, y se sabe que en el 1200 a.C. estaba extendido por las tierras al norte de Micenas. Wyatt llegó a la conclusión de que Tesalia era la región más conservadora en el lenguaje, y estableció la hipótesis de que fue en una región de Tesalia donde primero se habló el *proto-griego*, y se apoya en que es este lugar el que aparece como hogar de los héroes, y como el territorio que aportó el mayor número de barcos para la guerra de Troya, además de ser el lugar donde se sitúa el monte Olimpo. Ante una invasión de poblaciones protoindoeuropeas, la llanura de Tesalia habría sido un lugar fácil de conquistar y para establecer un campamento base para otras conquistas más al sur. Esta nueva estirpe crearía diversas elites locales y regionales con relaciones entre si, y mezclaría su lengua original con el substrato preexistente. Esta teoría utiliza quizá grandes dosis de imaginación a partir de datos fidedignos, como ocurre con muchas otras hipótesis que hemos omitido.

Si pasamos al campo de la arqueología encontramos, por lo general, datos más fiables, porque son físicos, materiales. Aunque aquí también hemos de tener precauciones, debido a las interpretaciones que muchas veces se hacen de estos datos.

En el planteamiento de la situación historiográfica, encontramos a un lado a Colin Renfrew (1987), con su teoría de que no existió tal llegada, o, más bien, fue mucho más antigua: se remontaría al Neolítico, cuando grupos de agricultores y ganaderos habrían llegado desde Anatolia a través del Egeo hasta las costas del Sur (*crecimiento celular* desde el núcleo neolítico anatolio hacia fuera), de acuerdo con las teorías antimigracionistas de la Nueva arqueología². Después, con una fecha bastante antigua, está la teoría de las tres oleadas de Gimbutas (1970), en la que sitúa la llegada de los griegos en la última de estas, en el 2800 a.C., como fecha de partida para una penetración paulatina a lo largo del Heládico Antiguo y Medio. Pero las tres fechas que tienen más aceptación son la del 2.300 a.C., la del 1900 a.C. y la del 1600 a.C.

Para la del 2.300 a.C. (paso del Heládico Antiguo II al III y al Heládico Medio) se basan en la discontinuidad detectada entre el HAI y el III, con niveles de destrucción y abandono, con cambios en la cultura material, la arquitectura y los patrones de asentamiento³. Los orígenes de estos cambios se han atribuido a Anatolia y a los Balcanes, dependiendo de los materiales que se hayan tenido en cuenta, aunque lo que no está tan claro es que haya evidencias suficientes para justificar una invasión, pacífica o no. Entre los niveles siguientes (HAIII y HM) encontramos continuidad material. La ciudad de Lerna es el paradigma en el que se basa esta teoría, pero el problema radica en que su estratigrafía no se puede - como se ha pretendido - extrapolar a otros lugares.

A caballo entre esta fecha y la siguiente está la propuesta de Caskey, que apuesta por una primera oleada en el 2100 a.C., que explicaría la destrucción de Lerna, pero que no sería de población griega, aunque sí indoeuropea, y una segunda en el 1900 a.C., esta sí de gentes *proto-griegas*. Devoto (1962) habla de una primera oleada en el Neolítico, que evolucionaría a algo *no griego* que

² La fecha más antigua la propone Herbert Kühn, que sitúa el protoindoeuropeo en la edad de hielo.

³ Para un planteamiento más amplio y crítico del tema, ver la tercera parte del trabajo.

conformaría el substrato posterior, y una segunda oleada de poblaciones protoindoeuropeas que llegarían también alrededor del 1900 a.C.

Los niveles de destrucción han sido en muchas ocasiones el apoyo utilizado por los arqueólogos para justificar sus teorías, pero el problema está en la definición de qué se considera nivel de destrucción, y en qué grado podemos interpretarlo como producto de una invasión, cómo detectar un verdadero cambio poblacional.

Bosh-Gimpera (1975) se basa en la cerámica minia (1900 a.C.) para proponer la infiltración de poblaciones de las estepas a través de los Balcanes. Estos primeros griegos serían los que aportasen la cultura micénica, y los considerados aqueos. La fecha de 1900 a.C. es la menos aceptada de las tres, porque, aunque tiene algunos niveles de destrucción, después no hay cambios importantes, sólo aparece la cerámica minia, a torno, y probablemente asociada a Anatolia. El hecho es que a finales del tercer milenio ya se conocía el torno de alfarero en el norte del Peloponeso, aunque parece probable que no llegase al sur hasta el 1900 a.C. Pero lo que también debemos destacar es que un cambio en la cerámica no puede ser indicativo de un cambio poblacional, ya que, aunque la cerámica es un elemento muy variable de región a región, o incluso localmente, por lo que siempre es útil para establecer cambios, diferencias y tipologías, también está claro que la tecnología para hacer un nuevo tipo de cerámica se puede importar, sea sólo el torno - en este caso - o el artesano también, sin tener que haber habido necesariamente una migración de poblaciones alóctonas.

Pero la fecha con *más adeptos* es, sin duda, la de 1600 a.C. El argumento central, sobre el que giran los demás, es el del surgimiento de la cultura micénica. Con la tendencia a asociar nuevas culturas a poblaciones nuevas, se han asociado ambos conceptos. Se basa en varios puntos. El más importante, es el de los *Círculos A y B*, dos conjuntos de tumbas monumentales. Estas tienen unas fechas de principios del siglo XVI a principios del XV a.C. (aunque hoy las nuevas dataciones por dendrocronología y radiocarbono suban estas fechas casi un siglo). Las más antiguas son más sencillas, en cista y con un ajuar únicamente cerámico, mientras que las más recientes son seis tumbas con un riquísimo ajuar, joyas de oro, máscaras mortuorias, dagas de bronce.... eran círculos marcados con estelas decoradas con relieves de escenas militares o de caza. Estos enterramientos fueron considerados como terreno sagrado por las generaciones siguientes, según se puede observar por el perímetro amurallado que presentan, y el hecho de no haber sufrido alteraciones durante todo el periodo de ocupación micénica. Este tipo de enterramientos es diferente a los preexistentes, al igual que la tipología de las joyas y armas, o lo que es representado en las estelas. Se representan por primera vez en Grecia carros de guerra. Esto ha sido una de las claves para determinar esa *invasión indoeuropea*, ya se atribuye a los indoeuropeos la invención del carro. Respecto al carro, podríamos hacer una exposición larguísima de las diferentes posturas al respecto, pero consideramos que no es este el lugar adecuado. Algunos argumentos a favor son que hay un amplio léxico entorno al carro en indoeuropeo, o el hecho de que se sepa positivamente que otros pueblos indoeuropeos sí introdujeron el carro en sus invasiones, en fechas cercanas: arios, hyksos o kasitas, además de que todo apunta a que el origen del carro está al este de Grecia, lo que coincidiría con el supuesto lugar de origen de los indoeuropeos. Algunos autores proponen que los guerreros que llegaron en el 1600 a.C. y constituyeron la elite micénica habían sido *soldados de fortuna* que habían ido con los hyksos y habían importado de allí la idea de los carros de guerra, o incluso que eran los propios

hyksos. Estas teorías no se mantienen porque las fechas de las primeras tumbas son anteriores a las invasiones de los hyksos en Egipto. Crowel propone que los príncipes de las tumbas micénicas tuviesen un origen autóctono, que hubiesen emergido desde simples *big men* o jefes locales que evolucionasen a caciques de más alto nivel, y que, no habiendo precisado los carros para invadir, los usarían sólo como elemento de prestigio. Esto parece algo dudoso, ya que no parece probable que importasen carros, o los artesanos especializados precisos, sólo como medio de prestigio, además de que en todos los sitios donde aparece el carro de guerra aparece asociado a una invasión violenta y una función claramente guerrera, la cual a veces derivaba con el tiempo en cinegética y propaganda del rey. La teoría de la autoctonía de estos príncipes también se basa en la cerámica, que se mantuvo sin cambios entre el Heládico Medio y el Reciente, y que los términos que designan la cerámica y su fabricación no son indoeuropeos. Pero, como hemos dicho antes, no podemos utilizar la cerámica como elemento definidor de nuevas culturas, ya que una nueva elite implantada podía haber respetado la cerámica y los artesanos autóctonos. Otra teoría apuesta por una pertenencia a una *elite internacional* de estos príncipes, lo que explicaría su gusto por lo exótico – frente al *provincianismo* del HM – y a las cartas y regalos entre príncipes de la zona. Pero el intercambio de regalos sabemos que era algo habitual en la época entre príncipes y reyes, y que sepamos, no eran todos emparentados, aunque sí que a veces se establecían vínculos de parentesco para sellar amistades entre reinos a través de matrimonios concertados. Milonas (1967) propone que los primeros griegos tenían que haber llegado antes que los príncipes de las tumbas, ya que no parece probable que en una llegada alrededor del 1600 a.C. hubiesen *tenido tiempo* para tener contactos con Egipto, acumular la gran cantidad de oro que aparece en las tumbas o absorber los estilos minoicos. Teorías en desuso hablan de migraciones masivas de pueblos pastoriles nómadas, lo que habría requerido un periodo de establecimiento mucho más largo, y que habría dejado una impronta arqueológica clara.

En cuanto a la forma en la que los supuestos invasores habrían llegado a la Grecia continental, la mayoría de las teorías ha abogado por una llegada por tierra, pero Drews (1988) propone una llegada en barcos. Sabemos por los textos de Homero que a finales del segundo milenio se embarcaban carros y caballos, además de que esto coincidiría con los niveles de destrucción en Argos, Eleusis, Pylos y Kirrha, todos costeros. A esto podemos sumar el control del mar que sabemos que poseían los micénicos, que extendieron el comercio hasta el Mediterráneo central.

Respecto a la fecha del 1200 a.C., que hemos desechado más arriba con argumentos lingüísticos, también ha sido estudiada desde una perspectiva arqueológica. Desborough determinó que había que retrasar la llegada de los dorios hasta mediados del siglo XI a.C., tras la destrucción de Mecnas, debido a la aparición de unas nuevas tumbas en cista. Esto fue desmentido por Snodgrass en 1971, aduciendo que este tipo de tumbas ya existían en fechas anteriores en el Ática. Proponía que estos sí que habrían llegado en el 1200 a.C., pero de forma pacífica, y que no habrían quedado evidencias arqueológicas debido a que era una *cultura semejante*. En 1976, Chadwick propuso que los dorios siempre habían existido como una clase baja en el Peloponeso, y que alrededor del 1200 a.C., estas clases bajas se habrían levantado contra la dirigente, que hablaba el dialecto del sur. Como alternativa, Drews (1988) propone que tras el hundimiento de Micenas, se mantuvo población viviendo allí (las clases bajas), las cuales hablaban el griego sólo como segunda lengua, lo que explicaría la abundancia de nombres no griegos

que aparecen en las tablillas del Lineal B y la continuidad de la cerámica y de sus decoraciones y formas. Estas poblaciones sufrirían la invasión de los dorios, y poco a poco adaptarían la lengua de los dorios hasta perder la suya. No nos parece muy lógico que Drews mantenga que con Micenas estas poblaciones sí que mantuvieron su lengua, pero que con los dorios la perdiesen a favor del griego.

Con este repaso al gran número de teorías esperamos haber conseguido una amplia visión de la complejidad de la situación historiográfica a este respecto, donde cualquier atisbo de acuerdo está muy lejano, y donde, lamentablemente, se deja muchas veces en un segundo plano el planteamiento científico a favor del mantenimiento de los intereses personales o de la espectacularidad de un planteamiento.

5. La fecha hipotética del 2.300: el final del HAI.

Las razones para que esta fecha haya estado entre las hipótesis más reconocidas se basan en los hallazgos que hizo Caskey a mediados de los años 50 del siglo XX. El hallazgo de la ciudad de Lerna, en la Argólida (la región que une la península del Peloponeso con el continente), y los resultados que mostró, la convirtieron en un modelo. Esta ciudad mostraba al final del Heládico Antiguo II (2.300 o 2.100, según autores) un nivel de destrucción (en la "Casa de las tejas") y tras este el paso, en el Heládico Antiguo III, a estructuras más simples, sin fortificación, con muchas casas de planta absidal (en contraposición con la planta de megaron anterior), además de presentar cerámicas nuevas, muchas de ellas hechas a torno. Como Lerna presentaba una secuencia estratigráfica muy clara, las fechas de otros yacimientos, que presentaban algunas contradicciones, fueron revisadas por el propio Caskey y adaptadas a las de Lerna. El modelo de la destrucción generalizada de Grecia continental al final de HA II quedó ampliamente demostrado: hubo algo o alguien que *arrasó* Grecia en estas fechas, introduciendo una nueva estructura social más simple, nuevas casas, enterramientos y cerámicas. Con este precedente y la ayuda del fantástico trabajo de Jeannette Forsén (1992), y apoyadas en las memorias de varias excavaciones intensivas llevadas a cabo en los últimos veinte años, hemos querido revisar los datos arqueológicos y comprobar la verdad de este paradigma.

El estudio de Forsén (1992) se basa en los datos de las prospecciones extensivas hechas en Laconia, Beocia, Eubea, Arcadia y Mesenia, y a los intensivos del valle de Nemea, Oropos, la llanura de Skourta, la bahía de Karystos en Eubea, el área de Berbati-Limnes, la de Beocia y la de Focea, a la que hemos añadido la del sur de la Argólida, más reciente. El problema es que los datos de las prospecciones extensivas han demostrado un grado de fiabilidad muy inferior al de las intensivas.

Comparando los resultados de asentamientos de los tres periodos con el número de años que supone cada periodo, nos daría que:

- en el HAI se fundó un asentamiento nuevo cada 13,8 años
- en el HAI se fundó un asentamiento nuevo cada 22,8 años
- en el HM se fundó un asentamiento nuevo cada 38,3 años.

Estos datos muestran que hubo un decrecimiento constante en la frecuencia de fundación de asentamientos, lo que contradice la idea de Caskey y muchos otros que hablan de *descenso dramático* en el número de asentamientos. Además, se ha detectado un aumento en el tamaño de los sitios del HAI y HM, lo que sería una posible explicación para la reducción del número. Otro problema es el de que las

cerámicas grises características del HAIII son de baja visibilidad, lo que podría haber hecho que muchos sitios de este periodo pasasen sin ser vistos, aunque tampoco habría que exagerar este problema, como han querido algunos autores.

A continuación haremos un análisis de la evidencias arqueológicas existentes, intentando esclarecer, en lo posible, si hubo cambios al final del HA o no.

a) Patrones de asentamiento:

Para no hacer muy pesado el estudio, mencionaremos sólo unos cuantos ejemplos de asentamientos para establecer una comparación entre ellos y las conclusiones pertinentes.

- En Laconia, se detectó un poblamiento disperso en el HA, sobre todo con asentamientos en la costa, mientras que en el HM pasan a ser en altura, controlando llanuras fértiles. Los asentamientos más grandes del HA continuaron habitados, mientras que los menores fueron abandonados.
- En Mesenia los asentamientos del HA presentan un modelo similar, pero en el HM no son de acrópolis, y son de mayor tamaño que en el HA, lo que podría suponer un crecimiento poblacional.
- En Beocia no hay grandes cambios entre el HA y el HM.
- En la isla de Eubea, las prospecciones realizadas muestran que existió una floreciente sociedad que ocupó toda la isla en el HAI. La interpretación hecha por Renfrew en 1972 ante los datos de sitios encontrados en el HAI, HAIII y HM son refutados por Forsén, ya que este agrupó diferentes tipos de sitios como si todos fuesen tipo acrópolis e interpretó que se debía al ataque de piratas, pero el número de sitios en el HAI y en el HM es casi igual, y en el HM los tipos de asentamientos son variados, sin un patrón fijo. Los que sí se detecta es una carencia de asentamientos del HAIII.⁴
- El trabajo realizado por Van Andel y Runnels (1987) en el Sur de la Argólida muestra que el periodo del HAI es de consolidación de un sistema de poblamiento estructurado jerárquicamente en dos o tres niveles, existiendo pequeños centros agrícolas y otros más grandes, que controlarían la industria de la obsidiana. Se observa un cambio en los *centros nucleares* entre el HAI y el HM, donde pasan a la costa. El HAI se ha interpretado como periodo dorado de aglomeración urbana y gran crecimiento, pero que quedó estancado en el HAIII, quedando deshabitados muchos asentamientos.

De todos estos datos podemos concluir que no hubo un proceso de asentamiento similar en toda la Grecia continental en este periodo, y que, mientras que en la Argólida sí parece demostrado – y con datos de prospección intensiva – que hubo un descenso poblacional, al igual que en Berbati-Limnos, en otros lugares de produjo una aglomeración, como en los casos de Mastos o Eubea. La idea de que el HM fue un periodo peligroso de azote de los piratas no queda refutada entonces. Encontramos tanto asentamientos en altura como en valle o en la costa, evidenciando particularidades regionales que no permiten una generalización.

b) Casas absidales:

Como hemos dicho anteriormente, el caso de Lerna, en el cual las casas absidales aparecen tras el nivel de destrucción de finales del HAIII se convirtió en

⁴ Quizá debido a que los datos son de prospecciones extensivas, que, como ya dijimos más arriba, tiene un grado de fiabilidad mucho menor.

paradigma de todos los asentamientos griegos de esta etapa, y por lo tanto, la casa absidal, como símbolo de cambio cultural.

Respecto a las casas absidales, hay dos hipótesis de origen, Palestina y los Balcanes-Sureste de Europa. La hipótesis más probable es que viniese de los Balcanes, y que desde allí se introdujese a Grecia por Macedonia y Tesalia, donde aparecen las más antiguas. De hecho, el caso más antiguo en Grecia se remonta al Neolítico Tardío, la *casa Q* de Rachmani, Tesalia⁵.

Revisando los ejemplos arqueológicos existentes, se muestra que no hay un patrón homogéneo, pero lo que es claro es que ya aparecen ejemplos en el HAI en el Peloponeso, y sólo en algunos casos encontramos relación directa entre niveles de destrucción y casas absidales.

c) Cerámica:

Partiendo de la base de que no consideramos la cerámica como un elemento determinante a la hora de establecer hipótesis de migraciones poblacionales, hemos utilizado, a modo de muestra, un tipo de cerámica: la *Lefkandi I*.

Esta cerámica parece que vino a ser el producto de una mezcla entre la cerámica autóctona precedente (del HAI) y una influencia proveniente de Anatolia. Ante esto, han surgido diversas interpretaciones. Se han planteado migraciones desde Anatolia, lo que no tiene más apoyo que estas cerámicas, con pocas pruebas arqueológicas más, lo que hace que sea una hipótesis más que discutible. Muchos de los que apoyan estas teorías ven una relación con los niveles de destrucción del HAI (sólo en los casos de Lerna y Tirynis no aparecen). Mellink propone la llegada de pequeños grupos anatolios que fundaron varios asentamientos, y Doumas es de los pocos que niega una influencia anatolia en estas cerámicas, proponiendo una influencia de las islas del norte del Egeo. Pero lo que parece más lógico es que la *idea* de una cerámica anatolia, ya a torno, *viajase* por las islas del Egeo hasta la Grecia continental, o incluso algunos artesanos alfareros. El problema está en determinar el *grado de influencia* que se ejerció, y nosotros nos inclinamos por una *influencia intelectual*, o de un grado de población mínimo que no supuso un cambio étnico, sino sólo una aportación a la cultura material. Jeannette Forsén (1992) propone la hipótesis de un grupo de pocas familias del oeste de Anatolia que llegó a Eubea, y desde allí difundieron el nuevo tipo de cerámica por el Ática y Agina, siendo su llegada al Peloponeso más tardía y menos *intensa*.

d) Anclas de terracota:

Uno de los elementos que han sido clasificados como *fósiles directores* de un cambio a partir del modelo de Lerna IV son estas anclas. Piezas de pequeño tamaño (5-10 cm de largo), a veces con una anilla, recuerdan a la forma de un ancla, pero se desconoce su función. A este problema de la funcionalidad se une otro, el de que hay muy pocas con dataciones fiables, por lo que su utilidad es muy limitada. Se han obtenido fechas que abarcan desde el Neolítico hasta unos pocos ejemplares fechados en el HM, siendo propuesto por Forsén un *terminus ante quem* en el HAI. En todos los sitios donde han aparecido se hallaron en niveles anteriores a las destrucciones, y sólo en Lerna se encontraron tras ésta. Se ha propuesto un origen – con poca base científica – en Beocia para estas anclas, desde donde se habrían extendido al resto de la Grecia continental.

⁵ A pesar de haber varias fechas posibles, la más aceptada es esta.

Demasiadas dudas se acumulan en torno a estos artefactos, por lo que creemos que no puede ser utilizado como factor arqueológico que determine influencias o cambios.

e) Hachas de piedra de mango perforado:

Pequeñas hachas de piedra con una perforación de unos 2cm de diámetro, consideradas elemento intruso en el HA. Generalmente han sido asociadas a los indoeuropeos, junto a la cerámica cordada y a los Kurganes. Gimbutas las asoció a la 3ª oleada indoeuropea. Otros autores han propuesto una llegada desde Dalmacia en el Protominoico al Oeste del Peloponeso. Lo que sí que es cierto es que aparecen en fechas más tempranas al norte que al sur, pero su número escaso y su mal estudio no permite que sean muy útiles para nuestro estudio.

f) Túmulos:

El hecho de que este tipo de enterramientos no aparezca ni en las Cícladas ni en Creta permite descartar un origen anatolio, por lo que generalmente se les ha asociado con los Kurganes, o, al menos, a una entrada desde el norte o el este.

Existen dos tipos diferenciados:

- los rituales, que se encuentran en Lerna, Olimpia y Tebas. Encontramos un antecedente tardo-neolítico en Agia Sofia, aunque éste no era un funerario, pero de formas semejantes.
- los túmulos-tumba, encontrados en Olimpia o Leucas con formas semejantes, no pueden asociarse a los Kurganes, ya que estos no son tumbas-pithoi, además de que al norte las fechas son más tardías. Esto descarta la teoría indoeuropea para estos enterramientos.

g) Enterramientos intramuros:

Tradicionalmente, se consideraba que estos enterramientos intramuros eran para individuos infantiles, y Caskey determinó que iban asociados a los niveles de destrucción, ya que aparecían en niveles de EAIII y HM, y a un cambio de las condiciones de vida. Pero lo cierto es que los ejemplos bien estudiados son escasos, lo que no permite obtener conclusiones al respecto. Pero lo que sí se sabe es que enterramientos intramuros aparecen en asentamientos con continuidad HAII-III-HM, y no sólo de individuos infantiles.

• La verdad sobre los niveles de destrucción:

Otro punto a tener en cuenta, ya que es uno de los apoyos más importantes para los autores que sostienen las hipótesis del cambio, es el de los tan mencionados niveles de destrucción. Mostraremos aquí el examen hecho por Forsén (1992) al respecto, que consideramos de gran interés.

Como ya hemos dicho más arriba, tras la elaboración de las tesis de Caskey sobre Lerna, muchos autores – y el propio Caskey- revisaron o interpretaron las evidencias de sus hallazgos como consecuencia de los mismos procesos ocurridos en Lerna, es decir, nivel de destrucción a finales del HAII y cambio en la cultura material después. Pero, ¿qué consideraron como *nivel de destrucción*? Forsén (1992) establece que podríamos considerarlo así cuando aparece destruida una gran proporción de la superficie excavada/prospectada, y en los niveles siguientes se evidencia un abandono. A esta definición de *nivel de destrucción*, que nos parece correcta y lógica, sólo se ajustan cuatro yacimientos en el HAIID, dos en el HAIIC y dos (o tres) en el HIII:3. Si somos más laxos en la definición de estos niveles, y admitimos un grado o una extensión de destrucción menor, o menos clara,

encontramos más ejemplos. Pero estos ya no evidencian, a nuestro parecer, una destrucción que pudiese explicarse por una invasión, ya que una destrucción parcial puede haberse debido a un incendio accidental o a otro tipo de causas menos *dramáticas*.

Así, siendo mínimamente estrictos en el análisis, vemos que, primero, los yacimientos con niveles de destrucción no son tantos, y que los que lo son no muestran una sincronía, ni siquiera a nivel regional. Los supuestos *escalones* entre el HAI y el HAIII o entre el HAIII y el HM no son tales, y quizá –creemos– se *han visto* por influencia de las tesis de Caskey.

Quizá el problema radica en que no se ha querido buscar la continuidad en los yacimientos, sino que cualquier posible evidencia ha querido interpretarse como signo de cambio. Pero una revisión necesaria de los datos – como el primer avance de Jeannette Forsén– mostraría que en muchos de los asentamientos se halla una línea de continuidad entre el HA y el HM.

- Conclusiones:

Parece que con todos los datos expuestos hemos podido ver que no se puede demostrar que hubiese ningún tipo de oleadas/migraciones.

Los análisis que hemos hecho de la cultura material han mostrado que no hay nada que evidencie claramente una migración, aunque sí posibles influencias culturales, que fueran transmitidas de una forma u otra. Se ha demostrado que muchos de los elementos que se consideraban tradicionalmente *intrusivos* aparecen en gran número en niveles anteriores: anclas de terracotta, hachas de piedra, casas absidales o los enterramientos intramuros. Detectamos que en el periodo HAI-HM llegó a la Grecia continental una corriente de influencia por el norte (Dalmacia, Balcanes) y por el Este (Oeste de Anatolia, Egeo). Pero en ningún yacimiento se detecta una ruptura clara, un cambio importante en la cultura material o en el patrón de asentamiento, sólo en Lerna se observa un cambio claro, pero puede que simplemente se tratase de un caso aislado. Los cambios varían mucho según las regiones, en algunos lugares sí que se observa que, mientras que en el HAI los asentamientos están en puestos de altura, y las estructuras muestran una sociedad compleja, en el HAIII y el HM muchos asentamientos pasan a estar en la costa, y reflejan menor complejidad. Van Andel y Runnels, en su trabajo sobre el sur de la Argólida, detectan un marcado cambio entre el HAI, donde hay un patrón de poblamiento disperso y jerarquizado, y el HAIII, donde se aglomeran los núcleos, pero es claro el descenso poblacional. Pero no son comportamientos generalizados, por lo que no podemos presumir que hubiese un factor de cambio, sino, más bien, pequeños cambios locales y variados, procesos internos, quizá estimulados por influencias materiales exteriores. Incluso Van Andel y Runnels (1987) explican que, mientras que en la Argólida interpretan los periodos de dispersión como de mayor prosperidad y complejidad, en Melos, Wagsatff y Cherry han interpretado exactamente lo contrario: los periodos de aglomeración poblacional se asocian a control exterior, con mayor prosperidad y crecimiento demográfico. Todavía no ha quedado claro por qué ante un mismo estímulo económico o político cada región reacciona de una manera. En el sur de la Argólida, se asocia la aglomeración al asentamiento en tierras más fértiles, ya que no abundan, y a una dispersión cuando la combinación con ganadería e innovaciones tecnológicas permiten la explotación de tierras menos fértiles, o la necesidad producida por catástrofes naturales (sequías, aguas torrenciales), mientras que en Milo, la aglomeración se produciría para un mejor control de la población y los recursos por parte de los agentes controladores exteriores.

Podríamos concluir que, vista la disparidad de datos, como primera medida, no podemos buscar un proceso común a toda la Grecia continental, ya que ha quedado patente la variedad regional. Hemos demostrado que las tesis de Caskey para el final del HAI no tienen fundamento arqueológico, y que no parece que se produjese ningún cambio dramático en estas fechas. Sí creemos en un proceso continuo y lento de pequeños cambios y adaptaciones al entorno y a las circunstancias concretas de cada momento y lugar.

6. El paso al Heládico Reciente en Grecia: Micenas.

Habiendo realizado un análisis del sustrato del Heládico Antiguo, en relación con las teorías que defienden la fecha del 2.300 a.C. como momento de llegada de los griegos a la Hélade, ahora toma importancia la etapa final de la Edad del Bronce, el Heládico Reciente, como horizonte en el que se desarrolla la cultura micénica. Un análisis concreto de este periodo es esencial si damos por hecho que las gentes que vivieron entonces en el sur de Grecia ya hablaban griego. Un dato corroborado por la traducción de las tablillas de Lineal B que se han encontrado en algunos palacios micénicos como Pilos y en Knossos.

Partiendo de la base de que ya eran griegos surge el debate acerca de si su presencia fue resultado de la entrada de elementos foráneos portando una nueva lengua y una nueva cultura allá por el 1.600 a.C., o por el contrario fue fruto de la evolución interna del sustrato del Heládico Medio hacia modelos de mayor complejidad política, económica y cultural. Una y otra hipótesis parecen tener fuertes elementos que las corroboran.

La posible llegada de los griegos a la Hélade se ha puesto durante mucho tiempo en relación con la expansión indoeuropea de los Kurganes o túmulos funerarios, que defiende Marija Gimbutas (1970). Según James D. Muhly, el griego se habría separado del tronco indoeuropeo mucho después que la rama protoanatólica (tradicionalmente relacionadas), ya que guardaría menos características en común con el indoeuropeo original. Esto se debe a que, según los lingüistas, las lenguas centrales tienden a ser más innovadoras que las periféricas y el griego se habría mantenido por más tiempo como lengua central. Muhly acepta, según las evidencias lingüísticas, la fecha del 1.650-1.600 a.C. Momento, por otro lado, que coincidiría con las tumbas de Círculo (Shaft Graves) de Micenas (Muhly, 1979).

La labor arqueológica se centró principalmente en localizar el rastro de túmulos que la expansión indoeuropea habría dejado como evidencia de su paso (suponiendo que así hubiese sido...). Un ejemplo de ello sería el túmulo del HM en Maratón que defiende Marinatos (citado por Hammond, 1967) y que parece el enterramiento de un jefe que también incluye los restos de un caballo. Otra tesis al respecto sería la que defiende N.G.L. Hammond, que establece paralelos entre los túmulos hallados en Albania y las tumbas de Círculo micénicas. El único requisito necesario para valorar la fiabilidad de esta tesis, sería demostrar que las tumbas de Círculo de Micenas habrían estado cubiertas por un túmulo. Ante todo hay que decir que todavía no está claro. Aún así Hammond señala que la poca profundidad en la que se encuentran las tumbas del Círculo A y la presencia del murete de contención, parecen corroborar la presencia de un

pequeño túmulo. (Hammond, 1967). Pero en el caso de que llegaran desde Europa siguiendo unas directrices determinadas, no hay evidencia de otras prácticas como la cremación, el culto al difunto o el enterramiento en cistas de madera, que tan comunes eran al norte de los Alpes.

Es difícil encontrar evidencias en la ciudadela de Micenas que corroboren que estuvo habitada desde el Neolítico. Los estudios comparativos que se han realizado respecto a otros asentamientos de Grecia, indican que en el Bronce Antiguo no habría alcanzado la importancia de Lerna y que ni siquiera en los inicios del Bronce Medio se podría equiparar ni a Lerna ni a Argos. Lo extraño de todo esto, está en la enorme diferencia de riqueza que existe entre el inicio y el final del Heládico Medio. Aquí es donde se centra el debate y donde suponemos que deberían estar las evidencias que resuelvan nuestras dudas. Nuestro análisis se centra en las tumbas de Círculo de Micenas, ya que ejemplifican con su evidencia, el cambio sufrido en la sociedad micénica en el paso del Heládico Medio al Heládico Reciente.

Según la cronología de Dickinson (1977), las tumbas del Círculo B estarían datadas entre el 1.650 y el 1.550 a.C., es decir, que el muro y las tumbas más antiguas estarían fechados en el HR. El Círculo A habría sido fundado en la última fase del B y su tiempo de utilización habría sido mucho más corto: del 1.600 al 1.500 a.C. e incluso menos. Según el autor, las tumbas podrían perfectamente pertenecer a una misma familia o a lo sumo, dos líneas de sucesión que avanzaron unidas, de no ser por las diferencias que pueden observarse entre ambas. (Dickinson, 1977). Todas estas características presentan a las tumbas de pozo de los Círculos de Micenas y todo lo que en ellas se contiene, como la mejor evidencia para responder a la pregunta planteada. A pesar de ello, su estudio presenta serios problemas debido a alteraciones sufridas por expolios, remodelaciones y cambios a causa de la gran actividad constructiva que se desarrolló en Micenas a partir del 1.400 a.C. (no olvidemos que la mayoría de los palacios y ciudadelas micénicas comenzaron a construirse a partir del HR III, hacia el 1.400 a.C.). Una evidencia de ello es la incorporación del Círculo A dentro de las murallas de la ciudadela en el Periodo Palacial (siglo XIII a.C.).

La primera evidencia que encontramos es que el Círculo B, al igual que pasa en Lerna, descansa sobre unas estructuras del HM que parecen tener una función religiosa, no doméstica. Ello se debe a que el Círculo se incluye dentro de una necrópolis prehistórica que hundiría sus orígenes en el Bronce antiguo. La utilización de ese mismo lugar para un uso también funerario indicaría cierta continuidad, aunque algunas de las tumbas más antiguas están destruidas para construir otras nuevas, como si no se supiera de su existencia de antemano, quizá porque no estarían marcadas. Aún así, parece que las tumbas siguen una secuencia tipológica desde cistas pequeñas con un ajuar muy escaso hasta tumbas más alargadas con paredes de ladrillo o piedra, cuatro de ellas marcadas con una estela. La tumba más moderna también sería la más rica al contener además de armas, ropajes decorados con oro, ámbar, objetos de hueso y grandes contenedores cerámicos. La secuencia tipológica también viene indicada a través de la cerámica: la cerámica minia gris y ocre de las antiguas tumbas en cista del HM es sustituida por una cerámica que ya se puede considerar micénica en el HR.

El Círculo A, excavado por Shliemann en 1876, no parece guardar una continuidad tipológica entre las tumbas más antiguas del HM, mucho más pobres que las ricas tumbas posteriores. Representa, por tanto, el cambio cualitativo de Micenas, por su enorme riqueza y por contener objetos de lujo que parecen fruto

de una especialización artesanal al gusto de aquellas élites. El Círculo A, además sufrió una remodelación importante en el HRIIB (1.300-1.200 a.C.) y puede haber confusiones interpretativas. Lo que es evidente, es que las tumbas se hacen mucho más ricas con el tiempo, algo que invita a pensar en la consolidación de un grupo social dominante.

Muchas han sido las especulaciones sobre el origen de esta riqueza. El análisis pormenorizado del ajuar de estas tumbas, su heterogeneidad y la presencia de elementos inusuales, ha dado lugar a muy diferentes interpretaciones. Haciendo un breve análisis de la cerámica que abarca todo el periodo de las tumbas de pozo (Shaft Graves), se distingue la coexistencia entre la llamada Last Phase, la última de las fases de la cerámica minia del HM y los primeros ejemplos de cerámica micénica del HRI. Esta mezcla entre las fases hace inútil establecer una cronología exacta y dificulta la determinación del origen de la cerámica micénica: bien al noreste del Peloponeso (Argólida) o bien al sur, en Laconia (Hagios Stephanos) como resultado de la producción de ceramistas minoicos, según Klaus Kilian. La enorme influencia de la cerámica minoica sobre todo en las formas y en otros muchos objetos como en las espadas o en la misma decoración, indica claras relaciones con Creta. Según Evans, todo ello sería consecuencia de la incursión de conquistadores cretenses en tierra firme. Pero los patrones que se siguieron en otros movimientos minoicos en el Egeo, dista mucho de las evidencias que quedaron en Micenas. S. Diamant, se basa en muchos de los datos que presenta el análisis de las tumbas para defender la llegada de nuevos elementos desde el centro de Europa: la aparición de una nueva concepción de la muerte a través de la renovación de las costumbres funerarias (el paso de la inhumación en cista a las tumbas de pozo y posteriormente los tholoi y las tumbas de cámara), las diferencias de riqueza entre el HM y el HR o la clara alusión al estilo del norte en los adornos geométricos o animalísticos. (S. Diamant, 1986).

Cierto es que los elementos a los que alude Diamant han sido interpretados de muy distinta manera dependiendo de aquello que se pretende defender. Así, el oro de Transilvania de Diamant es para la mayoría de los autores, oro procedente de Egipto vía Creta (Dickinson) o procedente de Egipto pero a través de trabajos de mercenariado (Mylonas). El armamento de corte centroeuropeo no es más que un derivado de las armas cretenses, pero con un tamaño mayor (algo en lo que han coincidido diversos autores). Por último, un dato que llama la atención: el paralelismo que el propio Diamant o J. D. Muhly hacen entre el estilo animalístico de algunos de los objetos de ajuar de las tumbas y los escitas (1.000 a. C.). Interpretados como modelo de pueblo nómada (pequeños objetos transportables de oro por parte de los guerreros que posteriormente serían enterrados con él) (Muhly, 1979). Respecto a este punto, la aparición del carro en las estelas decorativas de las tumbas, también se ha relacionado con la incursión de una nueva élite guerrera portadora del mismo. Pero en este momento, los carros no están documentados en Europa; debían proceder seguramente del Próximo Oriente.

La identificación de las gentes de las tumbas de Micenas como una clase superior de guerreros, es una idea que también ha seguido Imma Kilian-Dirlmeier a través de un estudio cuantitativo de los ajuares de los Círculos A y B. Su análisis llega a varias conclusiones: que sólo algunas tumbas tienen armas y que las tumbas que no tienen armas no poseen ningún objeto de valor. Esta evidencia explica una clara conexión entre la riqueza y el carácter militar. Por otro lado, el incremento de la riqueza en las distintas fases en las que se divide el periodo de utilización de los Círculos, denota la consolidación de un grupo social, un aspecto

que también queda reflejado en la estandarización del ajuar (Kilian- Dirlmeier, 1986).

Dejando a un lado las interpretaciones que defienden u obvian la llegada de nuevos elementos raciales para explicar cambios, también existen modelos que creen en el enriquecimiento o desarrollo local del propio estrato indígena del HM. En el caso del trabajo de O. Dickinson, que basa la aparición de las tumbas de pozo micénicas en la consolidación de un grupo dominante, a partir de su evolución de las cistas del HM. La señalización de las tumbas, la creación de armas más grandes, la importación de nuevos elementos de estatus... todo parece indicar el desarrollo de un grupo social local. Respecto a los carros de combate, ya se ha dicho anteriormente que no existe ninguna evidencia de que el carro se extendiese por el centro y el norte de Europa en esa fecha. Además resultaría extraño que esas gentes pasaran de largo ante las zonas ricas del norte y el centro de Grecia o las islas del Egeo, cuando Micenas no ofrecía ninguna garantía *a priori*.

Un punto importante de la teoría es explicar la causa de tanta riqueza, ¿de dónde llegaría? Y ¿por qué medios? Según Dickinson la riqueza parece proceder de Creta o el Próximo Oriente y sólo los minoicos poseerían una flota y los contactos suficientes para ello. Cerrado el comercio con el Próximo Oriente, Creta buscaría fuentes alternativas para acceder al metal que ahora Micenas le ofrecía. Micenas actuaría como intermediario y conseguiría productos de lujo elaborados en Creta para satisfacer la demanda de una élite emergente. A su vez conectaría con Europa central exportando tecnología para armamento a cambio de oro y materias primas. Así se explicarían las influencias del norte y las influencias minoicas y además se establecería una continuidad coherente entre el sustrato del HM y el producto de su desarrollo en el HR.

Si queremos romper con las explicaciones simplistas que identifican novedades con invasiones, la idea del despegue del comercio micénico explica no sólo la introducción de elementos nuevos en los ajuares, sino también la entrada y salida de influencias menos visibles y que serían inútiles de explicar a través de yuxtaposiciones de culturas. Este ejemplo responde a los modelos de comercio mediterráneo, con toda la complejidad que ello supone. En las que la población indígena no sólo se nutriría de objetos y mercancías, sino también de conocimientos e influencias tan características como "la imagen del poder". En definitiva una evolución local fruto de las circunstancias.

7. Conclusión

A pesar de que quedamos avisadas de la dificultad del trabajo, no nos terminamos de dar cuenta de ello hasta que fuimos acumulando más y más trabajos al respecto, cada uno diferente al otro, cada uno criticando a su prójimo. Se trata, por tanto de un tema escabroso, muy difícil de sintetizar y por supuesto muy difícil de criticar. Empezando por el hecho de que se trata de una materia repartida entre lingüistas y arqueólogos, las conclusiones a las que llegan unos y otros suelen resultar difíciles de contrastar y pocas veces aceptan ceder unos a favor de los otros. Por ello nos permitimos criticar en este sentido, la falta de consenso entre lingüistas y arqueólogos. Unos dictando las normas y otros tratando de encontrar las evidencias justas para no infringirlas. El resultado es el caos. No es nuestra intención ponernos de parte de los arqueólogos, con los que nos sentimos

más firmemente comprometidas, pero consideramos que los lingüistas construyen teorías sin ninguna prueba estrictamente científica y exigiendo además la búsqueda de esas evidencias a los arqueólogos, que se ven desbordados de datos a considerar, la mayoría de los casos, muy poco considerables.

No pretendemos criticar el trabajo de nadie, tampoco queremos elogiar todos y cada uno de los trabajos arqueológicos que se han presentado al respecto. No tenemos ningún derecho para hacerlo. Simplemente nos basamos en las dificultades encontradas, en el problema que supuso que en la mayoría de los casos las tesis de arqueólogos y lingüistas no coincidieran.

Por consiguiente, se puede decir que ninguna de las teorías expuestas tiene un peso lo suficientemente importante. Todas son contestables y contestadas. En definitiva, es un tema que queda en el aire y nuestras apreciaciones no han sido más que un panorama general de hipótesis.

La evidencia nos ha enseñado a verlo todo de una manera más objetiva, y si nos permite, más calmada. Los resultados nos ponen en contra del migracionismo tradicional, inclinado a explicar cualquier fenómeno de cambio con la llegada de oleadas de gente foránea a un territorio ya habitado. Pero las influencias y las novedades pueden también ser consecuencia de otros fenómenos, más cargados de cotidianidad, como el comercio. Los cambios pueden producirse dentro de una evolución pautada, como pautada es la transformación de la propia cultura, incluyendo la cultura material, que es al fin y al cabo, lo único que nos queda. La cultura debe verse como algo vivo. Y en este sentido, un error sería considerar que la aparición de una lengua trae consigo la sustitución del sustrato que la acoge.

No debemos olvidar tampoco, que el registro arqueológico está expuesto a muchos factores que pueden alterarlo, desde excavaciones arqueológicas mal enfocadas, hasta expolios y remodelaciones posteriores. No sabemos, por tanto, hasta qué punto es fiable lo que nos ha quedado (pero esto pasa siempre). Además, cada autor interpreta los restos según la teoría que *a priori* pretende defender (o eso nos ha parecido). No nacen teorías a partir de hipótesis adecuadamente contrastadas, sino que se interpretan los datos evitando cualquier hipótesis de trabajo, tratando de rellenar huecos en teorías que normalmente carecen de fundamento (y volvemos al problema entre lingüistas y arqueólogos). Los datos arqueológicos se convierten entonces en productos pasivos cuando deberían ser tratados como partes activas de una interpretación.

A pesar de todo muchas de las teorías aquí expuestas, sobre todo las referentes al origen de los griegos, ya que es un tema al que se alude más en los manuales, todavía se consideran como válidas: se da por hecho que los griegos llegaron de fuera y atravesaron Grecia para asentarse en el Peloponeso. Nos preocupa que sea eso lo que nos encontremos de frente sin que quepa la posibilidad de que sea cuestionado. La gran mayoría de los especialistas da por hecho que hubo una ruptura y muy pocos han considerado que pudiera darse una continuidad. Nosotras hemos optado por escuchar esos trabajos novedosos para llegar a conclusiones que consideramos más coherentes. Aún así el vacío es importante por la falta de estudios concretos sobre este tema. Nos basamos por tanto en trabajos arqueológicos en los que nunca faltan ciertos puntos de subjetividad.

Esperamos que el trabajo sea todo lo completo que pretendemos. Seguimos pensando que es un tema interesante, quizá por toda la polémica que levanta o quizá por la escasa atención que se le presta. Ante todo hemos aprendido mucho, tanto del tema en sí, como del ámbito de la historiografía. También nos ha servido como experiencia a la hora de elaborar un trabajo dirigido, al que le hemos dedicado una atención constante. No podemos dejar de agradecer toda la ayuda recibida para encauzarlo.

8. Bibliografía.

- Bosch-Gimpera, P. (1975) *Prehistoria de Europa. Las raíces prehistóricas de Europa*. Istmo, Madrid.
- Diamant, s. (1986) "Mycenaean origins: infiltration from the north?" en *Problems in Greek Prehistory. Papers presented at the Centenary conference of the British School of Archaeology at Athens. Manchester, april 1986*. French, E.B. y Wardle, K.A. (ed). Bristol Classical Press
- Dickinson, O.T.P.K. (1977) "The Origins of Mycenaean Civilisation" en *Studies in Mediterranean Archaeology, vol. XLIX*. Paul Aströms Förlag, Göteborg.
- Drews, R. (1988) *The coming of the Greeks. Indo-European conquests in the Aegean and the Near East*. Princeton University Press.
- Finley, M. I. (1970) *Early Greece in the Bronze and the archaic ages*. Ed. Chatto&Windus, Londres
- Forsén, J. (1992) "The Twilight of the Early Helladics" en *Studies of the Mediterranean Archaeology, Pocket book nº 116*
- French, E. (2005) *Micenas. Capital de Agamenón*. Bellaterra Arqueología, Barcelona.
- Gamkrelidze, Th.V. e Ivanov, V.V. (1994) "Indo-European and the Indo-Europeans" en *Trends in Linguistics. Studies and Monographs 80*. Mouton de Gruyter, Berlin.
- García Iglesias, L. (1997) *Los orígenes del pueblo griego*. Síntesis, Madrid.
- Halstead, P. (1994) "The North-South Divide :Regional Paths to complexity in Prehistoric Greece" en *Development and Decline in the Mediterranean Bronze Age*. Sheffield Archaeological Monographs.
- Hammond, N.G.L. (1967) "Tummls-Burial in Albania, the Grave Circles of Mycenae, and the indo-europeans" en *Annual of the British School at Athens, nº62*. Londres.
- Kilian-Dirlmeier, I. (1986) "Jewellery in Mycenaean and Minoian Warrior Graves" en *Problems in Greek Prehistory. Papers presented at the Centenary conference of the British School of Archaeology at Athens. Manchester, april 1986*. French, E.B. y Wardle, K.A. (ed). Bristol Classical Press

- Mallory, J. P. (1991) *In Search of Indo-Europeans. Language, Archaeology and Myth*. Thames & Hudson, Londres.
- Mylonas, G.E. (1967) *Mycenae. A guide to its ruins and its history*. J. Markis, S.A., Atenas.
- Martinet, A. (1997) *De las estepas a los océanos. El indoeuropeo y los "indoeuropeos"*. Gredos, Madrid.
- Muhly, J.D. "On the Shaft Graves at Mycenae" en *Alter Orient und Alter Testament. Studies in Honor of Tom B. Jones*. Bergerhof, K., Dietrich, M. Y Loretz, O. (ed). Verlag Butzon & Bercker Kevelaer.
- Pullen, D. (1986) "The Early Bronze Age on Tsoungiza hill, in Ancient Nemea." En *Studies in Mediterranean Archaeology*, nº 76
- Renfrew, C.(1972) *The emergence of civilisation*. Methen & Co. Ltd, Londres
- Renfrew, C. (1990) *Arqueología y lenguaje. La cuestión de los orígenes de los indoeuropeos*. Crítica, Barcelona.
- Ruiz-Gálvez Priego, M. y Ruiz-Zapatero, G. (1991) "¡Cielos, los Arios atacan de nuevo! Críticas y reseñas a propósito del libro de C. Renfrew "Arqueología y Lenguaje"" en *Arqritica* nº2, pp. 11-14
- Runnels, C. y van Andel, T.H. (1987) "The Evolution of settlement in the Southern Argolid, , Greece: an economic explanation." *Hesperia*, vol. 56, Nº 3, pp. 303-334
- Villar, F. (1996) *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa. Lenguaje e historia*. Gredos, Madrid.
- Villar, F. (1971) *Lenguas y pueblos indoeuropeos*. Istmo, Madrid.

Direcciones de interés

www.proel.org/mundo/indoeuropeo.htm

www.clio.rediris.es/fichas/minos_indoeuropeos.htm

[http:// projectsx.dartmouth.edu/classics/history/bronze_age](http://projectsx.dartmouth.edu/classics/history/bronze_age)

